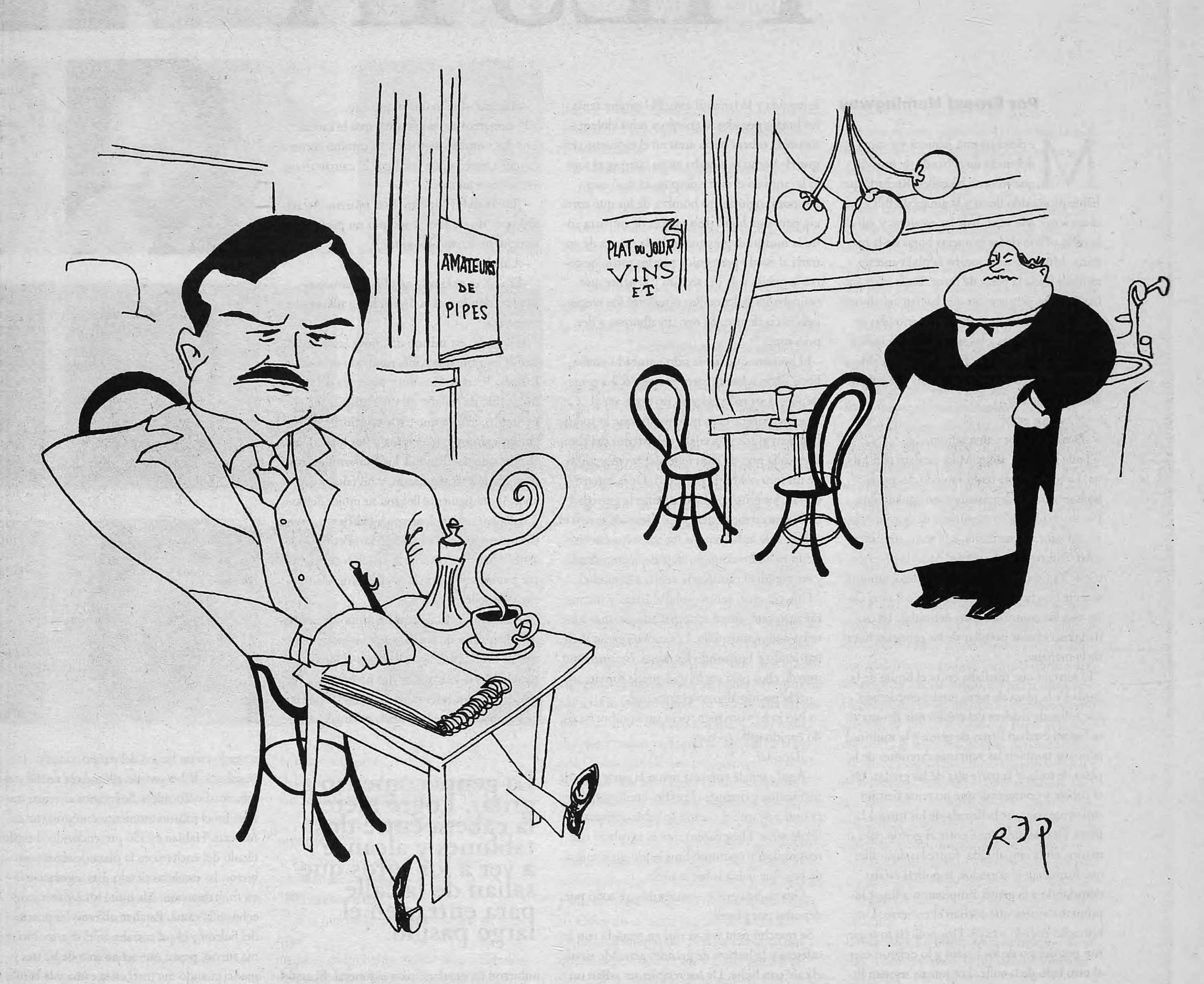


Pamplona era una fiesta

Por Rodrigo Fresán

Hoy en día ya a nadie escandaliza demasiado la afirmación de que el peso pesado Ernest Hemingway sucumbió ante el pesado peso de su propio mito; que al final –con la perspectiva de los años– su involuntario *sparring* Francis Scott Fitzgerald acabó noqueándolo; y que sus mejores momentos no están en esas novelas con intenciones de comerse al mundo de un bocado sino en esos relatos donde se mastica despacio y sin mandarse la parte golpeándose la panza.

Aun así, *The Sun Also Rises* o *Fiesta* (1926) sigue funcionando y funcionando muy bien como una de las novelas paradigmáticas a la hora de contar las idas y las vueltas de la generación perdida por paisajes por entonces tan exóticos para los norteamericanos como España y Pamplona (desde entonces y para siempre en el Atlas Literario) con sus toros, líos y cosa golda.

Hemingway la escribió siguiendo su sistema anunciado con su habitual prepotencia *semi-brut* en una carta a Fitzgerald ("Sólo se puede hacer una cosa con una novela y es continuar hasta el fin de la maldita cosa") produciendo lo que un crítico de entonces definió como "el *succès de scandale* de un *roman à clef* que flota sobre *vin ordinaire*". Parece ser que el lector atento de entonces podía identificar sin gran dificultad en los personajes a varias de las personas con nombre y apellido que por entonces pululaban por Montparnasse viviendo la vida en rosa. El mismo crítico habló entonces de "secuestro novelesco" y a Hemingway no le importó en absoluto porque el mundo y todo el mundo eran suyos.

En cualquier caso, la novela –por más que Hemingway se resistiera a la etiqueta– es uno de los textos imprescindibles de la Generación Perdida equivaliendo a lo que años más tarde *En el camino* significaría para la Generación Beat: no sólo una buena historia muy bien contada sino que, por el mismo precio, también un manual de instrucciones.

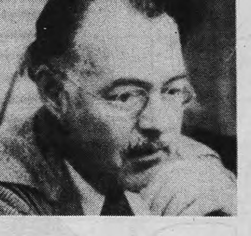
El libro se organiza en una serie de estampas girando alrededor de la mujer fatal de Lady Brett Ashley y su influjo entre malsano y excitante para los hombres que la desean entre los que se cuentan los neuróticos Robert Cohn y Mike Campbell, el estoico torero Pedro Romero y la figura trágica del impotente en más de un sentido Jake Barnes.

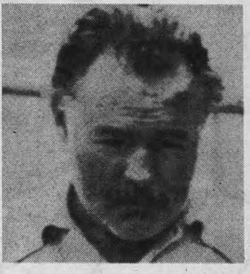
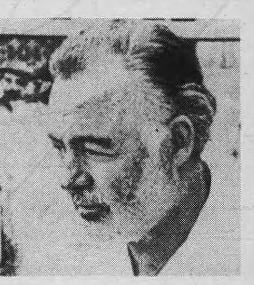
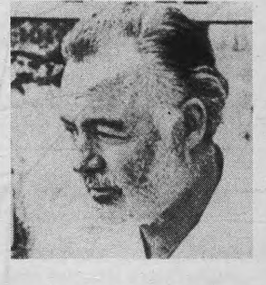
En su momento –y todavía hoy, alcanza con darse una vuelta por Pamplona durante los sanfermines y ver cuántos jóvenes llevan este libro en el bolsillo trasero del pantalón mientras los persiguen los toros– impresionó la mirada casi periodística de Hemingway a la hora de narrar lo extranjero y el modo en que los norteamericanos intentaban, como de costumbre, hacerlo suyo.

En las páginas que siguen, Pamplona es una fiesta.

FIESTA





Por Ernest Hemingway

Me desperté con jaqueca y a causa del ruido de la banda de música que recorría las calles. Recordé que había prometido llevar a la amiga de Bill a ver el encierro. Me vestí, bajé las escaleras y salí a la calle, al frío de las primeras horas de la mañana. Mucha gente cruzaba la plaza apresurándose hacia la plaza de toros. En la plaza había dos filas de personas que hacían cola frente a las taquillas. Esperaban que las entradas se pusieran a la venta a las siete. Crucé la calle a toda prisa hacia el café. El camarero me dijo que mis amigos habían estado allí y se habían vuelto a marchar.

–¿Cuántos eran?

–Dos caballeros y una señora.

Todo iba bien. Bill y Mike estaban con Edna. La joven había tenido miedo de que se emborracharan demasiado y no aguantaran. Por esa razón quiso asegurarse de que yo estaría allí para acompañarla. Me tomé un café y corrí, como todo el mundo, hacia la plaza de toros. Ya no me encontraba aturdido, aunque sí tenía una horrible jaqueca. Todo estaba claro, con los contornos bien definidos. La ciudad tenía el olor peculiar de las primeras horas de la mañana.

El terreno que mediaba entre el límite de la ciudad y la plaza de toros estaba embarrado. Las vallas de madera del pasillo que llevaba al redondel estaban llenas de gente y la multitud ocupaba también las ventanas exteriores de la plaza de toros y la parte alta de las gradas. Oí el cohete y comprendí que no tenía tiempo suficiente para ver la llegada de los toros a la plaza, así que me apreté entre el gentío para situarme en la empalizada. Entre las dos vallas que formaban el corredor, la policía estaba despejando a la gente. Empezaron a llegar los primeros mozos que corrían el encierro. Un borracho resbaló y cayó. Dos policías lo cogieron por debajo de los brazos y lo dejaron caer al otro lado de la valla. Los mozos seguían llegando, ahora corriendo ya a toda velocidad. La gente comenzó a gritar. Logré meter la cabeza entre dos tablones y alcancé a ver a los toros que salían de la calle para entrar en el largo pasillo. Iban muy de prisa y estaban a punto de dar alcance a los que corrían delante de ellos. En ese preciso momento otro borracho, utilizando una blusa como capote de toreo, trató de saltar la empalizada para probar su destreza taurina. Llegaron dos guardias, uno de ellos lo cogió del cuello de la camisa y el otro le dio un par de golpes de porra; después lo apretaron contra la valla como si estuviera pegado a ella y allí tuvo que quedarse inmóvil hasta que terminaron de pasar los mozos y la manada de toros. Iba tanta gente corriendo que en el momento de llegar a la puerta de la plaza la multitud se apelotonó y tuvo que detener parcialmente su carrera; los toros pasaron jadeantes, galopando juntos, con los costados llenos de barro y agitando los cuernos. Uno escapó hacia delante y enganchó a uno de los hombres que corrían, lo corneó por la espalda y lo lanzó al aire. El hombre tenía los brazos pegados al cuerpo y echó violentamente la cabeza hacia atrás en el momento en que el cuerno se clavaba en su cuerpo; el toro lo levantó en el aire y después lo dejó caer. Después cogió a otro hombre de los que corrían, pero éste logró desaparecer de mi vista entre la multitud que atravesaba la puerta de entrada al ruedo perseguida por los toros. Se cerró la puerta roja del recinto y la gente que ocupaba los balconcillos exteriores fue empujada hacia dentro. Se oyó un alboroto y después otro.

El hombre que había sido corneado estaba boca abajo sobre el barro pisoteado. La gente trepó a la empalizada y yo no pude ver al hombre porque eran muchos los que lo rodeaban. Los gritos procedían del interior del ruedo y cada uno de ellos reflejaba la embestida de un toro contra la multitud. De la intensidad de los gritos podía deducirse la gravedad de lo que estaba ocurriendo. Después se oyó el cohete que indicaba que los toros habían entrado ya en los corrales. Bajé de la empalizada y emprendí el camino de vuelta a la ciudad.

Una vez en el centro volví al Iruña y me tomé otro café, ahora acompañado de unas tostadas con mantequilla. Los camareros estaban barriendo y limpiando las mesas. Se aproximó uno de ellos para ver lo que quería tomar.

–¿Ha pasado algo en el encierro?

–No lo he visto bien, pero un hombre ha sido cogido gravemente.

–¿Dónde?

–Aquí –señalé con una mano la parte baja de mi espalda y después el pecho, como si quisiera indicarle que el cuerno le había atravesado desde atrás. El camarero movió la cabeza con resignación y continuó limpiando unas migas de pan que había sobre la mesa.

–Una cogida grave –murmuró–. Y todo por deporte, por placer.

Se marchó para volver casi en seguida con la cafetera y la lechera de grandes asas. Me sirvió el café con leche. De los recipientes salían un chorro blanco y otro negro que caían en la taza simultáneamente. El camarero continuaba moviendo la cabeza.

–Una cogida grave por la espalda –dijo. Dejó las cafeteras sobre la mesa y se sentó en una silla–. Una grave herida de asta. Y todo por diversión. Sólo por diversión. ¿Qué opina usted de ello?

–No lo sé.

–Eso es. Sólo por diversión. Diversión, ¿lo entiende?

–¿No es usted *aficionado*?

–¿Yo? ¿Qué son los toros? Animales. Unas bestias salvajes. –Se levantó y se llevó la mano a la espalda–. Una cornada en la espalda. Una cornada que lo atraviesa. Por diversión..., ¿lo entiende usted?

Se alejó sin dejar de mover la cabeza de un lado a otro, llevándose la cafetera y la lechera. Dos hombres pasaron por la calle. El camarero les preguntó algo a gritos. Los dos hombres tenían un aspecto grave y serio. Uno de ellos movió la cabeza con gesto pesimista.

–*¡Muerto!* –fue lo único que dijo.

El camarero movió una vez más la cabeza. Los dos hombres siguieron su camino como si fueran a hacer algún encargo. El camarero volvió junto a mi mesa.

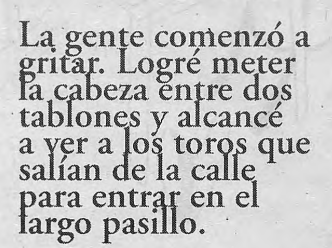
–¿Lo ha oído? Muerto. Está muerto. Atravesado por un cuerno. Todo por un pasatiempo mañanero. *Es muy flamenco.*

–¡Una lástima!

–Eso no es para mí –añadió el camarero–. No veo dónde está la diversión en una cosa como ésa.

Más tarde, ese mismo día, nos enteramos de que el hombre que había resultado muerto se llamaba Vicente Gironés y procedía del cercano pueblo de Tafalla. Al día siguiente, en el periódico, leímos que tenía veintiocho años, era agricultor y tenía esposa y dos hijos. Había continuado acudiendo a los Sanfermines aun después de haberse casado, y no faltaba un año. Al día siguiente llegaría su mujer desde Tafalla para velar el cuerpo y habría un servicio funerario en la capilla de San Fermín. El ataúd sería conducido a la estación de ferrocarril por miembros de la Sociedad de Danzarines y Bebedores de Tafalla.

El cortejo comenzó con un grupo de tambores y la música de los chistus y las gaitas. Detrás de los hombres que llevaban el féretro marchaban la viuda y los dos huérfanos... Detrás de ellos los miembros de todas las peñas de Pamplona, Estella, Tafalla y Sangüesa, que



hubieron de quedarse para el funeral. El ataúd fue cargado en el furgón de equipajes del tren y la viuda y los dos hijos hicieron el viaje en un vagón abierto de tercera clase. El tren se puso en movimiento con un brusco tirón y después suavizó la marcha, descendiendo gradualmente por el margen de la meseta hasta entrar en los grandes trigales mecidos por el viento de la llanura que iban a cruzar camino de Tafalla. El toro que mató a Vicente Gironés se llamaba Bocanegra, era el número 118 de la ganadería de Sánchez Tabernero, y fue lidiado y matado aquella tarde por Pedro Romero. El tercer toro de aquella corrida. Por aclamación popular se le concedió una oreja a Romero que a su vez se la regaló a Brett, quien la envolvió en un pañuelo, mío por cierto. Después los dejaría olvidados, ambos, oreja y pañuelo, junto con un montón de colillas de cigarrillos Muratti en el cajón de la mesilla de noche que había junto a su cama en el hotel Montoya.

De regreso al hotel vi al guarda nocturno sentado en un banco del pasillo, cerca de la puerta. Se había pasado allí toda la noche y estaba medio dormido. Se levantó al verme entrar. En el mismo momento entraron tres camareras. Habían estado presenciando el espectáculo del encierro en la plaza de toros y subieron las escaleras riendo. Las seguí y entré en mi habitación. Me quité los zapatos y me eché en la cama. Estaban abiertas las puertas del balcón y el sol entraba en el cuarto. No tenía sueño, pese a que serían más de las tres y media cuando me metí en la cama y la banda de música me había despertado a las seis. Me dolía la mandíbula a ambos lados. Me la palpé con los dedos. ¡Ese maldito Cohn! Debía haber golpeado al primero que lo insultó y después desaparecer de aquí. Estaba completamente seguro de que Brett lo amaba. Pensó que si se quedaba, el amor sincero lo conquistaría todo. Alguien llamó a la puerta.

–Adelante.

Eran Bill y Mike. Se sentaron en mi cama.

–¡Vaya encierro! –exclamó Bill–. ¡Vaya encierro!

–Y tú, ¿dónde estabas? –me preguntó Mike que después se volvió a Bill–. Llama al camarero y que nos traigan unas cervezas.

–¡Qué mañana! –se enjugó el rostro–. ¡Dios mío, vaya una mañana! ¡Y aquí tenemos al bueno de Jake, al pobre Jake convertido en saco de arena humano!

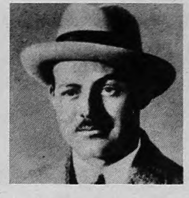
–¿Qué ha pasado en el ruedo?

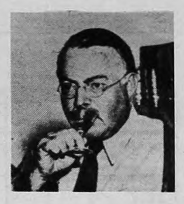
–¡Jesús, Jesús...! –respondió Bill–. ¿Qué ha pasado en el ruedo, Mike?

–Entraron aquellos malditos toros –explicó

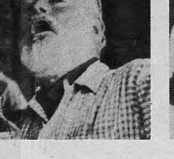
De *Fiesta* (Planeta) Se agradece la colaboración de la librería La C

FIESTA

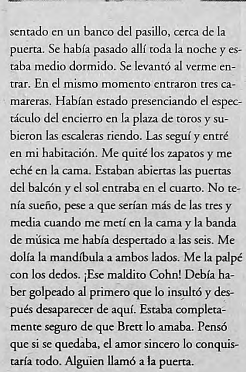


El cortejo comenzó con un grupo de tambores y la música de los chistus y las gaitas. Detrás de los hombres que llevaban el féretro marchaban la viuda y los dos huérfanos...





Por Ernest Hemingway

Me desperté con jaqueca y a causa del ruido de la banda de música que recorría las calles. Recordé que había prometido llevar a la amiga de Bill a ver el encierro. Me vestí, bajé las escaleras y salí a la calle, al frío de las primeras horas de la mañana. Mucha gente cruzaba la plaza apresurándose hacia la plaza de toros. En la plaza había dos filas de personas que hacían cola frente a las taquillas. Esperaban que las entradas se pusieran a la venta a las siete. Crucé la calle a toda prisa hacia el café. El camarero me dijo que mis amigos habían estado allí y se habían vuelto a marchar.

–¿Cuántos eran?

–Dos caballeros y una señora.

Todo iba bien. Bill y Mike estaban con Edna. La joven había tenido miedo de que se emborracharan demasiado y no aguantaran. Por esa razón quiso asegurarse de que yo estaría allí para acompañarla. Me tomé un café y corrí, como todo el mundo, hacia la plaza de toros. Ya no me encontraba aturdido, aunque sí tenía una horrible jaqueca. Todo estaba claro, con los contornos bien definidos. La ciudad tenía el olor peculiar de las primeras horas de la mañana.

El terreno que mediaba entre el límite de la ciudad y la plaza de toros estaba embarrado. Las vallas de madera del pasillo que llevaba al redondel estaban llenas de gente y la multitud ocupaba también las ventanas exteriores de la plaza de toros y la parte alta de las gradas. Oí el cohete y comprendí que no tenía tiempo suficiente para ver la llegada de los toros a la plaza, así que me apreté entre el gentío para situarme en la empalizada. Entre las dos vallas que formaban el corredor, la policía estaba despejando a la gente. Empezaron a llegar los primeros mozos que corrían el encierro. Un borracho resbaló y cayó. Dos policías lo cogieron por debajo de los brazos y lo dejaron caer al otro lado de la valla. Los mozos seguían llegando, ahora corriendo ya a toda velocidad. La gente comenzó a gritar. Logré meter la cabeza entre dos tablones y alcancé a ver a los toros que salían de la calle para entrar en el largo pasillo. Iban muy de prisa y estaban a punto de dar alcance a los que corrían delante de ellos. En ese preciso momento otro borracho, utilizando una blusa como capote de toreo, trató de saltar la empalizada para probar su destreza taurina. Llegaron dos guardias, uno de ellos lo cogió del cuello de la camisa y el otro le dio un par de golpes de porra; después lo apretaron contra la valla como si estuviera pegado a ella y allí tuvo que quedarse inmóvil hasta que terminaron de pasar los mozos y la manada de toros. Iba tanta gente corriendo que en el momento de llegar a la puerta de la plaza la multitud se apelotonó y tuvo que detener parcialmente su carrera; los toros pasaron jadeantes, galopando juntos, con los costados llenos de barro y agitando los cuernos. Uno escapó hacia delante y enganchó a uno de los hombres que corrían, lo corneó por la espalda y lo lanzó al aire. El hombre tenía los brazos pegados al cuerpo y echó violentamente la cabeza hacia atrás en el momento en que el cuerno se clavaba en su cuerpo; el toro lo levantó en el aire y después lo dejó caer. Después cogió a otro hombre de los que corrían, pero éste logró desaparecer de mi vista entre la multitud que atravesaba la puerta de entrada al ruedo perseguida por los toros. Se cerró la puerta roja del recinto y la gente que ocupaba los balconcillos exteriores fue empujada hacia dentro. Se oyó un alboroto y después otro.

El hombre que había sido corneado estaba boca abajo sobre el barro pisoteado. La gente trepó a la empalizada y yo no pude ver al hombre porque eran muchos los que lo rodeaban. Los gritos procedían del interior del ruedo y cada uno de ellos reflejaba la embestida de un toro contra la multitud. De la intensidad de los gritos podía deducirse la gravedad de lo que estaba ocurriendo. Después se oyó el cohete que indicaba que los toros habían entrado ya en los corrales. Bajé de la empalizada y emprendí el camino de vuelta a la ciudad.

Una vez en el centro volví al Iruña y me tomé otro café, ahora acompañado de unas tostadas con mantequilla. Los camareros estaban barriendo y limpiando las mesas. Se aproximó uno de ellos para ver lo que quería tomar.

–¿Ha pasado algo en el encierro?

–No lo he visto bien, pero un hombre ha sido cogido gravemente.

–¿Dónde?

–Aquí –señalé con una mano la parte baja de mi espalda y después el pecho, como si quisiera indicarle que el cuerno le había atravesado desde atrás. El camarero movió la cabeza con resignación y continuó limpiando unas migas de pan que había sobre la mesa.

–Una cogida grave –murmuró–. Y todo por deporte, por placer.

Se marchó para volver casi en seguida con la cafetera y la lechera de grandes asas. Me sirvió el café con leche. De los recipientes salían un chorro blanco y otro negro que caían en la taza simultáneamente. El camarero continuaba moviendo la cabeza.

–Una cogida grave por la espalda –dijo. Dejó las cafeteras sobre la mesa y se sentó en una silla–. Una grave herida de asta. Y todo por diversión. Sólo por diversión. ¿Qué opina usted de ello?

–No lo sé.

–Eso es. Sólo por diversión. Diversión, ¿lo entiende?

–¿No es usted *aficionado*?

–¿Yo? ¿Qué son los toros? Animales. Unas bestias salvajes. –Se levantó y se llevó la mano a la espalda–. Una cornada en la espalda. Una cornada que lo atraviesa. Por diversión..., ¿lo entiende usted?

Se alejó sin dejar de mover la cabeza de un lado a otro, llevándose la cafetera y la lechera. Dos hombres pasaron por la calle. El camarero les preguntó algo a gritos. Los dos hombres tenían un aspecto grave y serio. Uno de ellos movió la cabeza con gesto pesimista.

–¡*Muerto!* –fue lo único que dijo.

El camarero movió una vez más la cabeza. Los dos hombres siguieron su camino como si fueran a hacer algún encargo. El camarero volvió junto a mi mesa.

–¿Lo ha oído? Muerto. Está muerto. Atravesado por un cuerno. Todo por un pasatiempo mañanero. *Es muy flamenco*.

–¡Una lástima!

–Eso no es para mí –añadió el camarero–. No veo dónde está la diversión en una cosa como ésa.

Más tarde, ese mismo día, nos enteramos de que el hombre que había resultado muerto se llamaba Vicente Gironés y procedía del cercano pueblo de Tafalla. Al día siguiente, en el periódico, leímos que tenía veintiocho años, era agricultor y tenía esposa y dos hijos. Había continuado acudiendo a los Sanfermines aun después de haberse casado, y no faltaba un año. Al día siguiente llegaría su mujer desde Tafalla para velar el cuerpo y habría un servicio funerario en la capilla de San Fermín. El ataúd sería conducido a la estación de ferrocarril por miembros de la Sociedad de Danzarines y Bebedores de Tafalla.

El cortejo comenzó con un grupo de tambores y la música de los chistus y las gaitas. Detrás de los hombres que llevaban el féretro marchaban la viuda y los dos huérfanos... Detrás de ellos los miembros de todas las peñas de Pamplona, Estella, Tafalla y Sangüesa, que

La gente comenzó a gritar. Logré meter la cabeza entre dos tablones y alcancé a ver a los toros que salían de la calle para entrar en el largo pasillo.

hubieron de quedarse para el funeral. El ataúd fue cargado en el furgón de equipajes del tren y la viuda y los dos hijos hicieron el viaje en un vagón abierto de tercera clase. El tren se puso en movimiento con un brusco tirón y después suavizó la marcha, descendiendo gradualmente por el margen de la meseta hasta entrar en los grandes trigales mecidos por el viento de la llanura que iban a cruzar camino de Tafalla. El toro que mató a Vicente Gironés se llamaba Bocanegra, era el número 118 de la ganadería de Sánchez Tabernero, y fue lidiado y matado aquella tarde por Pedro Romero. El tercer toro de aquella corrida. Por aclamación popular se le concedió una oreja a Romero que a su vez se la regaló a Brett, quien la envolvió en un pañuelo, mío por cierto. Después los dejaría olvidados, ambos, oreja y pañuelo, junto con un montón de colillas de cigarrillos Muratti en el cajón de la mesilla de noche que había junto a su cama en el hotel Montoya.

De regreso al hotel vi al guarda nocturno sentado en un banco del pasillo, cerca de la puerta. Se había pasado allí toda la noche y estaba medio dormido. Se levantó al verme entrar. En el mismo momento entraron tres camareras. Habían estado presenciando el espectáculo del encierro en la plaza de toros y subieron las escaleras riendo. Las seguí y entré en mi habitación. Me quité los zapatos y me eché en la cama. Estaban abiertas las puertas del balcón y el sol entraba en el cuarto. No tenía sueño, pese a que serían más de las tres y media cuando me metí en la cama y la banda de música me había despertado a las seis. Me dolía la mandíbula a ambos lados. Me la palpé con los dedos. ¡Ese maldito Cohn! Debía haber golpeado al primero que lo insultó y después desaparecer de aquí. Estaba completamente seguro de que Brett lo amaba. Pensó que si se quedaba, el amor sincero lo conquistaría todo. Alguien llamó a la puerta.

–Adelante.

Eran Bill y Mike. Se sentaron en mi cama.

–¡Vaya encierro! –exclamó Bill–. ¡Vaya encierro!

–Y tú, ¿dónde estabas? –me preguntó Mike que después se volvió a Bill–. Llama al camarero y que nos traigan unas cervezas.

–¡Qué mañana! –se enjugó el rostro–. ¡Dios mío, vaya una mañana! ¡Y aquí tenemos al bueno de Jake, al pobre Jake convertido en saco de arena humano!

–¿Qué ha pasado en el ruedo?

–¡Jesús, Jesús...! –respondió Bill–. ¿Qué ha pasado en el ruedo, Mike?

–Entraron aquellos malditos toros –explicó Mike–, y delante de ellos la gente, en tropel. Uno de los mozos tropezó, cayó y los demás tropezaron y cayeron sobre él.

–Y los toros se lanzaron sobre ellos –añadió Bill.

–He oído los gritos.

–Debía de ser Edna –aclaró Bill.

–Los mozos salían agitando sus camisas.

–Uno de los toros corrió junto a la barrera y embistió a todos los que había por allí.

–Han llevado a la enfermería a veinte mozos –siguió contando Mike.

–¡Qué mañana, qué mañana! –siguió Bill–. La policía detenía a todos los que querían suicidarse con los toros.

–Finalmente los cabestros se los han llevado a los corrales –terminó Mike.

–El encierro ha durado casi una hora.

–En realidad han sido sólo quince minutos –objetó Mike.

–¡Oh, vete al diablo! –se enfadó Bill–. Tu has estado en la guerra. Para mí han sido dos horas y media.

–¿Dónde están las cervezas? –preguntó Mike.

–¿Qué habéis hecho con la adorable Edna?

–La acabamos de dejar en su hotel. Se ha ido a la cama.

–¿Le ha gustado el espectáculo?

–Mucho. Le hemos dicho que eso es lo que pasa cada mañana.

–Estaba muy impresionada –respondió Mike.

–Estaba empeñada en que también nosotros nos echáramos al ruedo –dijo Bill–. Es amiga de la acción directa.

–Le he dicho que sería una traición para con mis acreedores –ironizó Mike.

–¡Qué mañana! –siguió repitiendo Bill–. ¡Y vaya nochecita!

–¿Cómo tienes la mandíbula, Jake?

–Dolorida –respondí.

Bill se echó a reír.

–¿Por qué no le rompiste una silla en la cabeza?

–¡Mira quién habla! –dijo Mike–. Si hubieras estado allí te hubiese tumbado también a ti. En un abrir y cerrar de ojos ya estaba tumbado en el suelo, en medio de la calle, y Jake debajo de una mesa.

–¿Dónde se fue después? –pregunté.

–Bueno, ya está aquí –dijo Mike–. Aquí tenemos a la guapa camarera con la cerveza.

La camarera dejó tres botellas de cerveza y tres vasos sobre la mesa.

–Tráiganos otras tres botellas –ordenó Mike.

–¿Adónde se fue Cohn después de pegarme? –le pregunté a Bill.

–¿No estás enterado? –me preguntó Mike, que estaba abriendo una botella de cerveza que vertió en uno de los vasos sin alejar demasiado la botella.

–¿De veras no lo sabes?

–Volvió al hotel y encontró a Brett y al torero en la habitación de éste. Le dio una tremenda paliza al pobre matador.

–¡No!

–¡Sí!

–¡Qué noche! –repitió Bill.

–Casi mata al pobre torero. Después intentó llevarse a Brett. Quería convertirla en una mujer decente, supongo. Una escena sentimental, melodramática.

Se bebió un buen trago de cerveza.

–Ese Cohn es un burro.

–¿Y qué pasó?

–Brett lo puso verde. Lo echó de allí. Creo que se portó estupendamente.

–Estoy seguro –corroboró Bill.

–Cohn se derrumbó y comenzó a llorar y quiso hacer las paces con el torero y estrecharle la mano. También quiso darle la mano a Brett.

–Lo creo. También quiso darme la mano a mí.

–¿Lo hizo? Ellos no estaban dispuestos a aceptar sus disculpas. El torero era bastante bueno. No habló mucho, pero se lanzaba de nuevo contra Cohn cada vez que éste volvía a tumbarlo. Cohn no lograba dejarlo sin sentido. Debió de ser muy divertido.

–¿Quién te ha contado todo eso?

–Brett. La he visto esta mañana.

–¿Cómo terminó la cosa?

–Finalmente el torero quedó echado en la cama. Cohn lo había tumbado quince veces, pero el torero quería seguir peleando. Brett trató de sujetarlo, pero, pese a que el torero estaba resentido por los golpes, no logró contenerlo y se levantó de nuevo. Cohn dijo que no volvería a golpearle, que no podía hacerlo, que sería sucio y poco noble. El torero, casi sin poder sostenerse, trató de atacarle. Cohn retrocedió hasta encontrarse con la espalda en la pared. "¿Con que no quiere pegarme?" "No", dijo Cohn, "me arrepiento de haberlo hecho." En vista de ello, el torero le golpeó con todas las fuerzas que le quedaban en plena cara y se sentó en el suelo. No tenía fuerzas para levantarse y Cohn quiso ayudarle para llevarlo a la cama. Dijo que si Cohn lo ayudaba lo mataría y que de todos modos lo mataría si esta mañana Cohn no se había largado de la ciudad. Cohn estaba llorando. Brett le había dicho que se largara de una vez y Cohn trataba de estrechar la mano a todo el mundo. Pero ya te he contado todo eso.

–Cuéntale el resto –dijo Bill. –Parece ser que el torero se quedó sentado en el suelo, en espera de recuperar la fuerza suficiente para poder levantarse y golpear de nuevo a Cohn. Brett no quiso darle la mano a Cohn y Cohn no cesaba de llorar y de decirle cuánto la quería, y ella le contestaba que se callara de una vez y no siguiera portándose como un completo idiota. Cohn se agachó para tenderle la mano al torero. Sus rencores y todo eso, ya sabes. Pero el torero le volvió a dar un puñetazo en la cara.

–¡Un tipo valiente! –dijo Bill.

–Ha dejado a Cohn hecho una piltrafa humana –añadió Mike–. ¿Sabes? No creo que quiera volver a pegarle a nadie más.

–¿Cuándo has visto a Brett?

–Esta mañana. Ha venido a recoger unas cosas. Está cuidando a su Romero.

Se sirvió otra botella de cerveza.

–Brett tiene sus manías, pero le gusta cuidar a la gente. Eso es lo que nos unió. Me cuidaba.

–Lo sé.

–Estoy muy borracho –dijo Mike–. Creo que voy a seguir borracho. Esto es bastante divertido, pero nada agradable. No, no es agradable para mí.

Se terminó la cerveza.

–Me las tuve con Brett. Le hablé bien claro. Le dije que si pensaba seguir yendo por ahí con judíos, toreros y gente como ésa, debía esperar complicaciones. –Se echó hacia delante–. ¡Eh, Jake!, ¿no te importa si me bebo tu botella de cerveza? La camarera te traerá otra.

–No, tómala. Yo no la iba a beber.

Mike intentó abrir la botella sin éxito.

–¿Te importaría abrírmela?

Tomé la botella, empujé hacia arriba el alambre que sujetaba el tapón y se la serví.

–¿Sabéis? –continuó Mike–. Brett se portó muy bien. Ella siempre sabe quedar bien. Le solté un buen sermón sobre los judíos, los toreros y toda esa clase de gente. ¿Y sabéis qué me respondió?: "¡Desde luego! ¡He pasado una vida tan feliz con la aristocracia británica!" –Tomó otro trago–. Eso estuvo muy bien. Ashley, ese tipo del título era un marino, ¿sabes? Un noveno baronet. Cuando llegaba a casa no quería dormir en la cama y obligaba a Brett a dormir en el suelo. Al final, cuando su estado mental fue empeorando, solía decirle que acabaría matándola. Siempre dormía con un revólver oficial cargado. Brett solía sacarle las balas cuando su marido se quedaba dormido. No, no puede decirse que Brett haya tenido una vida feliz en absoluto. ¡Una verdadera lástima! Es lógico que ahora quiera disfrutar de las cosas. –Se levantó. Le temblaba la mano–. Me voy a mi habitación. Trataré de dormir un poco –sonrió–. No dormimos nada en estas fiestas. Voy a empezar ahora mismo y dormiré hasta hartarme. Es mala cosa no dormir lo suficiente. Uno se pone muy nervioso.

–Bien, nos veremos al mediodía en el Iruña –dijo Bill.

Mike salió. Lo oímos en la habitación de al lado. Tocó el timbre, la camarera llamó a la puerta.

–Tráigame seis botellas de cerveza y una botella de Fundador –le dijo Mike.

–Sí, señorito.

–Me voy a la cama –me dijo Bill–. Pobre Mike. Tuve una buena bronca por su culpa anoche.

–¿Dónde? ¿En ese sitio..., el bar Milano?

–Sí. Había un tipo que en cierta ocasión ayudó a Mike y a Brett a pagar sus deudas para que pudieran salir de Cannes. Estuvo verdaderamente desagradable.

–Conozco la historia.

–Yo no. Nadie debería tener derecho a decir cosas como las que él dijo contra Mike.

–Eso es lo malo.

–No deberían tener derecho. Me gustaría muchísimo que no tuvieran derecho. Me voy a la cama.

–¿Ha muerto alguien en el ruedo?

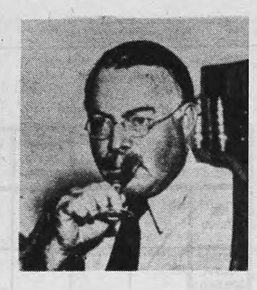
–No lo creo. Sólo heridos graves.

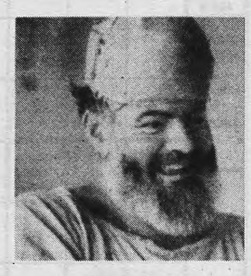
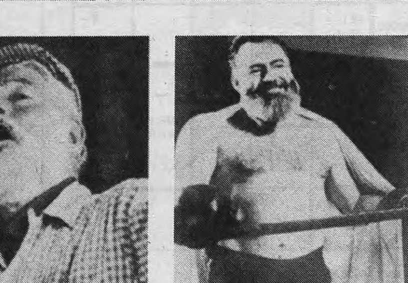
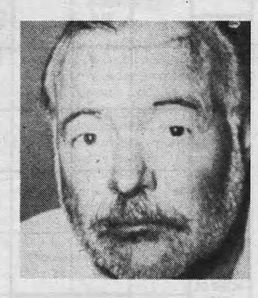
–Los toros han matado a un mozo en el callejón.

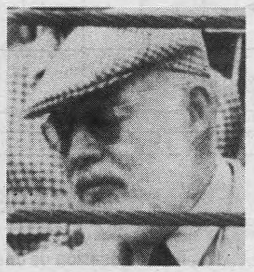
–¿De veras? –respondió Bill.

De *Fiesta* (Planeta) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com








El cortejo comenzó con un grupo de tambores y la música de los chistus y las gaitas. Detrás de los hombres que llevaban el féretro marchaban la viuda y los dos huérfanos...

Mike–, y delante de ellos la gente, en tropel. Uno de los mozos tropezó, cayó y los demás tropezaron y cayeron sobre él.

–Y los toros se lanzaron sobre ellos –añadió Bill.

–He oído los gritos.

–Debía de ser Edna –aclaró Bill.

–Los mozos salían agitando sus camisas.

–Uno de los toros corrió junto a la barrera y embistió a todos los que había por allí.

–Han llevado a la enfermería a veinte mozos –siguió contando Mike.

–¡Qué mañana, qué mañana! –siguió Bill–. La policía detenía a todos los que querían suicidarse con los toros.

–Finalmente los cabestros se los han llevado a los corrales –terminó Mike.

–El encierro ha durado casi una hora.

–En realidad han sido sólo quince minutos –objetó Mike.

–¡Oh, vete al diablo! –se enfadó Bill–. Tu has estado en la guerra. Para mí han sido dos horas y media.

–¿Dónde están las cervezas? –preguntó Mike.

–¿Qué habéis hecho con la adorable Edna?

–La acabamos de dejar en su hotel. Se ha ido a la cama.

–¿Le ha gustado el espectáculo?

–Mucho. Le hemos dicho que eso es lo que pasa cada mañana.

–Estaba muy impresionada –respondió Mike.

–Estaba empeñada en que también nosotros nos echáramos al ruedo –dijo Bill–. Es amiga de la acción directa.

–Le he dicho que sería una traición para con mis acreedores –ironizó Mike.

–¡Qué mañana! –siguió repitiendo Bill–. ¡Y vaya nochecita!

–¿Cómo tienes la mandíbula, Jake?

–Dolorida –respondí.

Bill se echó a reír.

–¿Por qué no le rompiste una silla en la cabeza?

–¡Mira quién habla! –dijo Mike–. Si hubieras estado allí te hubiese tumbado también a ti. En un abrir y cerrar de ojos ya estaba tumbado en el suelo, en medio de la calle, y Jake debajo de una mesa.

–¿Dónde se fue después? –preguntó.

–Bueno, ya está aquí –dijo Mike–. Aquí tenemos a la guapa camarera con la cerveza.

La camarera dejó tres botellas de cerveza y tres vasos sobre la mesa.

–Tráiganos otras tres botellas –ordenó Mike.

–¿Adónde se fue Cohn después de pegarme? –le pregunté a Bill.

–¿No estás enterado? –me preguntó Mike, que estaba abriendo una botella de cerveza que vertió en uno de los vasos sin alejar demasiado la botella.

–¿De veras no lo sabes?

–Volvió al hotel y encontró a Brett y al torero en la habitación de éste. Le dio una tremenda paliza al pobre matador.

–¡No!

–¡Sí!

–¡Qué noche! –repitió Bill.

–Casi mata al pobre torero. Después intentó llevarse a Brett. Quería convertirla en una mujer decente, supongo. Una escena sentimental, melodramática.

Se bebió un buen trago de cerveza.

–Ese Cohn es un burro.

–¿Y qué pasó?

–Brett lo puso verde. Lo echó de allí. Creo que se portó estupendamente.

–Estoy seguro –corroboró Bill.

–Cohn se derrumbó y comenzó a llorar y quiso hacer las paces con el torero y estrecharle la mano. También quiso darle la mano a Brett.

–Lo creo. También quiso darme la mano a mí.

–¿Lo hizo? Ellos no estaban dispuestos a aceptar sus disculpas. El torero era bastante bueno. No habló mucho, pero se lanzaba de nuevo contra Cohn cada vez que éste volvía a tumbarlo. Cohn no lograba dejarlo sin sentido. Debió de ser muy divertido.

–¿Quién te ha contado todo eso?

–Brett. La he visto esta mañana.

–¿Cómo terminó la cosa?

–Finalmente el torero quedó echado en la cama. Cohn lo había tumbado quince veces, pero el torero quería seguir peleando. Brett trató de sujetarlo, pero, pese a que el torero estaba resentido por los golpes, no logró contenerlo y se levantó de nuevo. Cohn dijo que no volvería a golpearle, que no podía hacerlo, que sería sucio y poco noble. El torero, casi sin poder sostenerse, trató de atacarle. Cohn retrocedió hasta encontrarse con la espalda en la pared. "¿Con que no quiere pegarme?" "No", dijo Cohn, "me arrepiento de haberlo hecho." En vista de ello, el torero le golpeó con todas las fuerzas que le quedaban en plena cara y se sentó en el suelo. No tenía fuerzas para levantarse y Cohn quiso ayudarle para llevarlo a la cama. Dijo que si Cohn lo ayudaba lo mataría y que de todos modos lo mataría si esta mañana Cohn no se había largado de la ciudad. Cohn estaba llorando. Brett le había dicho que se largara de una vez y Cohn trataba de estrechar la mano a todo el mundo. Pero ya te he contado todo eso.

–Cuéntale el resto –dijo Bill. –Parece ser que el torero se quedó sentado en el suelo, en espera de recuperar la fuerza suficiente para poder levantarse y golpear de nuevo a Cohn. Brett no quiso darle la mano a Cohn y Cohn no cesaba de llorar y de decirle cuánto la quería, y ella le contestaba que se callara de una vez y no siguiera portándose como un completo idiota. Cohn se agachó para tenderle la mano al torero. Sus rencores y todo eso, ya sabes. Pero el torero le volvió a dar un puñetazo en la cara.

–¡Un tipo valiente! –dijo Bill.

–Ha dejado a Cohn hecho una piltrafa humana –añadió Mike–. ¿Sabes? No creo que quiera volver a pegarle a nadie más.

–¿Cuándo has visto a Brett?

–Esta mañana. Ha venido a recoger unas cosas. Está cuidando a su Romero.

Se sirvió otra botella de cerveza.

–Brett tiene sus manías, pero le gusta cuidar a la gente. Eso es lo que nos unió. Me cuidaba.

–Lo sé.

–Estoy muy borracho –dijo Mike–. Creo que voy a seguir borracho. Esto es bastante divertido, pero nada agradable. No, no es agradable para mí.

Se terminó la cerveza.

–Me las tuve con Brett. Le hablé bien claro. Le dije que si pensaba seguir yendo por ahí con judíos, toreros y gente como ésa, debía esperar complicaciones. –Se echó hacia delante–. ¡Eh, Jake!, ¿no te importa si me bebo tu botella de cerveza? La camarera te traerá otra.

–No, tómala. Yo no la iba a beber.

Mike intentó abrir la botella sin éxito.

–¿Te importaría abrírmela?

Tomé la botella, empujé hacia arriba el alambre que sujetaba el tapón y se la serví.

–¿Sabéis? –continuó Mike–. Brett se portó muy bien. Ella siempre sabe quedar bien. Le solté un buen sermón sobre los judíos, los toreros y toda esa clase de gente. ¿Y sabéis qué me respondió?: "¡Desde luego! ¡He pasado una vida tan feliz con la aristocracia británica!" –Tomó otro trago–. Eso estuvo muy bien. Ashley, ese tipo del título era un marino, ¿sabes? Un noveno baronet. Cuando llegaba a casa no quería dormir en la cama y obligaba a Brett a dormir en el suelo. Al final, cuando su estado mental fue empeorando, solía decirle que acabaría matándola. Siempre dormía con un revólver oficial cargado. Brett solía sacarle las balas cuando su marido se quedaba dormido. No, no puede decirse que Brett haya tenido una vida feliz en absoluto. ¡Una verdadera lástima! Es lógico que ahora quiera disfrutar de las cosas. –Se levantó. Le temblaba la mano–. Me voy a mi habitación. Trataré de dormir un poco –sonrió–. No dormimos nada en estas fiestas. Voy a empezar ahora mismo y dormiré hasta hartarme. Es mala cosa no dormir lo suficiente. Uno se pone muy nervioso.

–Bien, nos veremos al mediodía en el Iruña –dijo Bill.

Mike salió. Lo oímos en la habitación de al lado. Tocó el timbre, la camarera llamó a la puerta.

–Tráigame seis botellas de cerveza y una botella de Fundador –le dijo Mike.

–*Sí, señorito.*

–Me voy a la cama –me dijo Bill–. Pobre Mike. Tuve una buena bronca por su culpa anoche.

–¿Dónde? ¿En ese sitio..., el bar Milano?

–Sí. Había un tipo que en cierta ocasión ayudó a Mike y a Brett a pagar sus deudas para que pudieran salir de Cannes. Estuvo verdaderamente desagradable.

–Conozco la historia.

–Yo no. Nadie debería tener derecho a decir cosas como las que él dijo contra Mike.

–Eso es lo malo.

–No deberían tener derecho. Me gustaría muchísimo que no tuvieran derecho. Me voy a la cama.

–¿Ha muerto alguien en el ruedo?

–No lo creo. Sólo heridos graves.

–Los toros han matado a un mozo en el callejón.

–¿De veras? –respondió Bill.

literatos

Cuatro jóvenes amigos intervinieron en un concurso literario. Deduzca con qué seudónimo y cuál es la obra de cada uno sabiendo que este "quién es quién" es un poco diferente pues las pistas no son afirmaciones, sino que todas expresan una condición: cada una indica que "si pasa tal cosa, entonces sucede tal otra". En el recuadro le explicamos cómo manejarse con los condicionales, lo cual ayudará a extraer conclusiones. Guiándose por estas reglas, vaya viendo cuáles datos pueden ser verdaderos y cuáles falsos. Si aparece alguna contradicción, es señal de que el camino seguido no lleva a la solución. En este caso, revise lo andado y comience de nuevo.

1. Si "Gracia" no es libro de cuentos, entonces Gris escribió "Fronda".
2. Si Gris escribió "Fronda", entonces Blanes no escribió "Destino".
3. Si Blanes no escribió "Destino", entonces Gris escribió "Gracia".
4. Si Gris escribió "Gracia", entonces Gris es Arcos.
5. Si Gris es Arcos, entonces Arcos escribió cuentos.
6. Si Doble no es Blanes, entonces "Gracia" es biografía.
7. Si Doble es Blanes, entonces Castro escribió "Fronda".
8. Si Castro no escribió cuentos, entonces Gris escribió cuentos.
9. Si Arcos escribió cuentos, entonces Alma escribió "Extasis".
10. Si Blanes escribió "Destino", entonces "Fronda" es novela.
11. Si "Fronda" es novela, entonces "Destino" no es libro de poesía.

COMO USAR LAS PISTAS

- Cada pista tiene la forma "Si pasa A, entonces pasa B".
- Cuando A es verdadero, por fuerza B también lo es.
- Cuando A es falso, no se pueden sacar conclusiones sobre B: B puede ser verdadero o falso.
- Cuando B es falso, A también es falso.
- Cuando B es verdadero, no se pueden sacar conclusiones sobre A: A puede ser verdadero o falso.

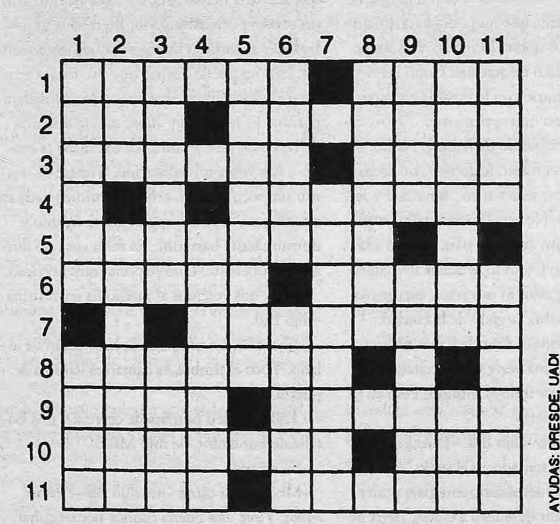
		Apellido: Arcos	Blanes	Castro	Dorio	Obra: "Destino"	"Extasis"	"Fronda"	"Gracia"	Género: Biografía	Cuentos	Novela	Poesía
Seudónimo	Alma												
	Doble												
	Gris												
	Indio												
Género	Biografía												
	Cuentos												
	Novela												
	Poesía												
Obra	"Destino"												
	"Extasis"												
	"Fronda"												
	"Gracia"												

cruci-clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

- RÍO DE ESPAÑA
- (JOHANN W.) ESCRITOR ALEMÁN
- POR TANTO, LUEGO
- VIAJE LARGO Y LLENO DE AVENTURAS
- APTOS, CONVENIENTES
- PARTE GIRATORIA DE UN MOTOR
- GRUPO DE ROCK BRITÁNICO
- MAR GRIEGO
- ESTADO DE ASIA
- LABOR DE RELIEVE, CON HILO Y AGUJA
- EN QUÍMICA, ETILENO
- DIRIGÍ, GOBERNÉ
- OBSERVÉ DESDE LO ALTO
- ME PERCATÉ, PERCIBÍ
- AUTILLOS
- EL QUE SE DEDICA A LA LITERATURA
- TERRENO CON PLANTAS
- PREPAREN LAS ERAS
- A GRAN DISTANCIA
- DIVIDIR EN TROZOS
- QUE TIENEN MUCHA PAJA (FEM.)
- PERSONAJE BÍBLICO
- ACOMODO, ARREGLO
- EN TELEGRAFÍA, PUNTO
- MACHO DE LA VACA
- FLOR BLANCA OLOROSA
- COMPLETA, ENTERA
- CIRUELO SILVESTRE
- VUELO A GRAN DISTANCIA
- DIVISIÓN DE UNA OBRA DE TEATRO
- (... BANCROFT) ACTRIZ DE CINE
- ACUSADOS DE DELITOS
- CONJUNTO DE LAS CRÍAS EN EL NIDO
- DISTINTO
- REZAS

crucigrama



AYUDAS: DRESDE, UADI

HORIZONTALES

1. Traje de faena./ Mueble sanitario.
2. Perro./ Obturar, poner un tapón.
3. Singular, extraordinario (pl.)./ Consonante.
4. Exceder de un límite.
5. Sitio en que abunda el almagre.
6. Inundación, crecida./ Lienzo que cubre el escenario.
7. Operario, artífice.
8. Una de las velocidades del automóvil.
9. (Halfa) Ciudad del Sudán./ Partidaria, aficionada.
10. Griterío de censura./ Plural de vocal.
11. Que goza de buena salud./ Capital de Sajonia sobre el Elba.

VERTICALES

1. Tomar posesión de una cosa./ Pinches delgados y puntiagudos.
2. Se encaminan./ Giraba cheques u órdenes de pago.
3. Cosa difícil de entender./ Divinidad escandinava.
4. Relativo a Adán.
5. Concederé.
6. Aparato que permite obtener haces concentrados de luz coherente./ Trasladad hacia aquí.
7. En béisbol, el que batea.
8. Artificios que cubren la boca.
9. Nombre de mujer./ Arrojes.
10. Pusieron la data./ Nombre del senador norteamericano Kennedy.
11. Disponer las eras en el huerto./ Advirtiese.

soluciones

literatos

Alma, Dorio, "Extasis", poesía.
Doble, Blanes, "Destino", biografía.
Gris, Arcos, "Gracia", cuentos.
Indio, Castro, "Fronda", novela.

cruci-clip

crucigrama

